

ido de allí, claro está que le debemos toda clase de consideraciones, no ya las que se relacionan con el espíritu, sino también las que merece la carne mortal.

Sin embargo, la plaza del Pilar está pidiendo un toldo y un burlete. El aire del Moncayo, que azota al templo, es irreverente; y el Municipio tiene el deber de oponerse á la irreverencia de los vientos. No se encontraría un concejal que pusiera á su señora á los vientos del Moncayo; y los concejales obligan á sufrir esos chifletes á la que es señora de todos...

Pase que los vecinos desafien y sufran el rigor de los temporales.

Pero... hay que salvar las vírgenes y los santos.

LA VELADA DE LA PLUME

Ya ha nevado desde que se efectuó, y todavía no he hecho bien la digestión. Una comida con Zola, Mallarmé, Copée, Claretie, Scholl, no es para digerida en pocas horas.

La comida, aunque de cinco francos el cubierto, tenía que ser buena. En el *Café du Palais* se come bien por poco dinero, se come muy bien cuando lo visitan los redactores de *La Plume*, que es el periódico más literario de París; y se come admirablemente si los Zola, Mallarmé y Copée honran la presidencia de la mesa. No digo yo cinco francos, también cinco mil podían darse á gusto por comer á manteles con aquellos señores, y en compañía de la bohemia literaria y artística del barrio latino, presidida por Verlaine. Y luego... que yo no pagué nada, porque buenos amigos de *El Liberal*, se ofendieron de que quisiera pagar su cronista parisiense, con lo cual, aunque parezca lo contrario, me quitaron de encima un peso...

*
* *

Nada más pintoresco que las veladas de *La Plume*, donde cada cada tipo merece que le lleven á un museo de antigüedades. Caras pálidas y marchitas prematuramente, melenas prehistóricas, trajes inverosímiles; y una charla original, chispeante, que tiene el picor de la mostaza inglesa, y que implica un abandono absoluto de las cosas prácticas del mundo. Todos convienen en que han equivocado la vida, pero ninguno se arrepiente.

— Después de todo — me decía un poeta — más vale ir al hospital, que venir de Panamá...

*
* *

Como en París hay clases, y nadie se atrevería á tutear al genio, no hubo necesidad de llamar al orden cuando entró Zola; un Zola que yo no conocía. En estos tiempos de *reclame* panamanesca, es muy difícil que los grandes hombres se escapen de la amistad de una porción de gentes advenedizas y embusteras, que ni siquiera les han visto. Son innumerables los que afirman seriamente que llaman Emilio á Castelar y le tutean « en el seno de la confianza »; y son también innumerables los que aseguran en Madrid que cuando estuvieron en París tomaron café y jugaron á la brisca con Zola. De mí sé decir, y lo digo sinceramente, que ni le había visto, aunque he venido á París una treintena de veces, ni me había

atrevido á verle, porque, como buen católico, sé que debe uno prepararse muy bien para recibir al Señor...

Por las descripciones á pluma y de palabra, Zola era para mí un burgués, de apariencia tranquila y reposada. Á juzgar por los retratos, hechos, indudablemente, en un momento muy psicológico de Zola, acaso en el momento de pensar con mucha pena que es insigne necesidad el dejarse retratar, tenía yo por cansado, afligido, esquivo, ó, como le llamara irreverentemente Sarcey, en periódico tan respetuoso como *Le Temps*, « un cerdo triste ».

Nada de eso. Zola, que está muy joven, parece, por la viveza del carácter, un chiquillo, menos aún, un rabo de lagartija. No sé de nadie que sea tan nervioso, gestero, decidor y parlanchín; y á muchos devotos de *San Vito* les he visto bailar menos que á Zola. No le he mirado de prisa y corriendo; le he mirado despacio y con lentes, y, aunque á honesta distancia, estuve, con el buen fin de sacarle la fotografía, *timándome* con él desde las seis de la tarde hasta las once de la noche. No es esto, lectores, un alarde de tutear al genio, sino de poder decir, parodiando al poeta: *Hoy le he visto, le he visto y me ha mirado...* La fisonomía de Zola es un milagro, porque, á pesar de su fealdad y ordinariéz, resulta simpática y *sugestiva*, gracias á su fuerte expresión de vivacidad y energía, con ligeros intervalos de ensimismamiento triste, que se asoma furtivamente á sus ojos, de un mirar distraído y vago cuando se figuran que nadie los ve.

Y yo, que no le quitaba de encima los míos, ví la mirada de Zola posarse con cierta tristeza, no exenta de repugnancia, en la abollada calva de Verlaine. Á la manera de un moscardón impertinente, cruzábala de un lado á otro, tropezando en las sinuosidades, deteniéndose como cansada en las hondonadas de tan singular cabeza, en forma de cono, semejante á la cresta del Cotopaxi, más parecida acaso á la proa abollada de un buque náufrago.

Trajeado de harapos, con enorme bufanda al cuello y sombrero ancho sepultado hasta las cejas, adormecido por el alcohol y cojeando por el reuma, el gran poeta — último monarca de una bohemia muerta — amparado en sus cabeceos por la mano de un amigo, entró el último, con más orgullo que el primero, en el salón donde el fulgor de las luces y de las pupilas reflejó á su paso así como la apoteosis de un Apolo borracho de gloria y de ajenjo. No habló palabra, ni probó bocado, ¡ni siquiera bebió! Frente á Zola, y en medio de lo más eximio de la literatura, roncó la comida.

Cuando terminó el banquete, con unas palabras, sobrias y brillantes, del autor de *Vers et Prose*, y se marcharon los « maestros », y los escritores menudos empezaron la *causerie* literaria, con canto y música, entre versos sonoros, vahos de ponches, humos de pipas y responsos al crítico Sarcey, puesto en órgano, ví otra vez á Verlaine, en un rincón, con el sombrero metido hasta los ojos, durmiendo también la *causerie*; y el profundo sueño del poeta moribundo me pareció un despertar hermoso y elocuente.

*
* *

Luces mortecinas de una mañana vergonzante se colaron por entre las rendijas de las maderas. Ya en la puerta, sorprendido por una tempestad de nieve, se rejuveneció de repente la cara embrutecida de Verlaine, como si una aurora boreal hubiera iluminado su piel de sapo hidrópico. Por en medio del arroyo marchaba tranquilamente un carro fúnebre, sobre cuya caja puso la nevada un cucurucho de Pierrot, y á la izquierda de la casa, pegado á la esquina del café, un vendedor de periódicos, firme como un centinela, dormía de pie, teniendo en la mano derecha un número de *La Cocarde*; y encima del epigrafe (*Los escándalos de Panamá*) en letras como puños, sobre la negrura del escándalo, deshaciase lentamente un copo de nieve.

DE LÓPEZ Y OTROS EXCESOS

Don Luis López Ballesteros es amigo mío; sí, señor. De palabra, en las mesas de Fornos y en un portal de la calle de Peligros, y por escrito en *La Opinión*, de Pérez Vento, el Sr. López ha tenido la bondad y la benevolencia (que yo no sabré agradecerle nunca) de dedicarme grandes elogios.

Es más, el mismo Sr. López me dispensó el honor de entregarme, para que le pusiera prólogo, un libro manuscrito. Con él fui á Puerto Rico (1889 — expedición 8 de la serie) y volví; con él fui á la Habana (1890) y volví también. Cuatro travesías de Atlántico con un libro manuscrito del Sr. López. No lo prologué, con mucho sentimiento, porque no tuve tiempo; ni lo leí, con el mismo sentimiento, porque tampoco tuve tiempo. Pero no le dejé en el camarote, como hubiera hecho cualquier literato... despreocupado de los que creen que el talento obliga á hacer canalladas, ni lo tiré al agua. Le di cuatro vueltecitas por el Atlántico, como si fuera reliquia colombina para el

Centenario, y lo devolví sano y salvo, aunque un poco amarillento por el orín del trópico...

Podría, pues, establecerse una cuenta corriente.

DEBE

Luis Bonafoux á D. Luis López Ballesteros . . . (*Bombos en café y portales* : 1.000.000.

Don Luis López Ballesteros á Luis Bonafoux. . . (*Travesías de Atlántico con un manuscrito* : 4.

No quiero aumentar las deudas con el Sr. López. Hay en *La Correspondencia de España* un señor que firma *L. B.* ciertas revistas bibliográficas, críticas teatrales, etcétera.

Me dicen que *L. B.* es D. Luis López Ballesteros; y me parece imposible, porque no puedo creer que no tenga el valor de su López.

Pero si no es otro López, si es el mismo Ballesteros, creo que podrá hacerme el favor de firmar como Dios manda, no vaya á creer algún lector cándido que me dedico á propinar los estupendos bombos que atiza, en uso de un derecho perfecto, mi estimable amigo D. Luis López.

No es cosa de imitar á los ciudadanos que acuden frecuentemente á los periódicos en demanda de la publicación de sueltos por este tenor :

« D. Fulano de Tal, dueño de la acreditada tahona de la calle de Tudescos, no es el Fulano de Tal que robó anoche una bacalada en la misma calle. »

« Á petición de D. Zutano hacemos constar que

no le toca nada D. Zutano, presunto asesino del mozo de cuerda Toribio Ramos. »

Tampoco tendría derecho para imitar á esos señores que se curan en salud.

Mi nombre es pequeñín. Por eso mismo de ser humilde, podría fácilmente confundirse, y tengo el deber de declinar el honor de que se me confunda con un redactor de *La Correspondencia de España*.

El Sr. Ballesteros comprenderá y estimará mi discreción y mi rubor.

Otro Luis; mi amigo Luis París, un... anarquista frustrado. ¡Bonitos tiempos aquellos en que me felicitaba públicamente por haber sido el primero en protestar contra el pontificado de *Clarín* y me escribía cartas dinamiteras, y entendía conmigo que la sociedad literaria estaba muy necesitada de explosivos que derrumbaran los carcomidos cascotes!...

Mientras fui á América y volví de allí (siempre con el libro manuscrito del Sr. López) se derrumbó sin explosivos ¡ay! mi amigo Luis París. Lo siento, pero ya no puedo llorar : ¡he llorado tanto sobre los cascotes de mis amigos !

Acaso porque es propio de sabios el mudar de acuerdo, ó tal vez por exigencias brutales de la... prosa, Luis París ha entrado por el aro de la sociedad de bombos, tirando á toda prisa, como medroso y avergonzado, las bombas que podían comprometerle. Hizo antaño media docena de pinitos, y,

como la inmensa mayoría de los caracteres al uso, cambió su incipiente ravacholismo por un plato del día. Hoy es uno de los periodistas más ramplones y hueros de España y Ultramar. Como disolvente, no es siquiera un Debach; resulta un anarquista con tacos de papel y pólvora en salvas. ¡Pobre Luis París! ¡Yo que le estimo tanto!

Tanto, que tengo *todavía* fe en que no se malogre (*ji, ji*), aunque se roza demasiado con los *bomberos* de la villa y... dime con quién andas y te diré quién eres.

Digo esto con motivo de la sorpresa que me produjo la firma de Luis París debajo de un espantoso ditirambo (*no sentido*) en honor de la calamidad novelesca que se titula *Doña Berta, Cuervo, Superchería*. *Clarín* reirá, indudablemente.

« *Leit-motive* » (idea madre)..., « *reemplisage* novelesco » (¿ idea padre ?)..., « coeficiente de pérdidas »..., « *reverie* »..., « incoherencia con intentos satíricos »..., « alardes de psicólogo »..., « instrumentación á posteriori »... ¡Dios ayude al instrumentado *Clarín*! Señores, ¡me han cambiado á Luis París! ¡Eso es... un negro catedrático con intentos de instrumentación á posteriori!

Cuervo merece elogios de Luis París, porque es, á su juicio, « un puñetazo »; que es como aconsejar á *Clarín* que se dedique á hacer puñetazos.

No para ahí el *leit-motive* de Luis París. Metido á Barbieri de *Clarín*, dice que éste, cuando escribió el libro, pensaba en una *sinfonía*; y con tan plausible motivo, nos da una murga de « notas impresionis-

tas » y « ascensiones hacia las regiones serenas en donde el ambiente es más luminoso », asegurando de paso que todo « suena » en el cuento... con bombo y platillos.

Tampoco se detiene ahí la instrumentación á posteriori ó por detrás. Deja Luis París su papel de *co-risto* y se mete... á comadrón.

Veamos cómo opera.

« *Superchería* resulta algo incondensado. Es un caso que reclama la atención del perito antes de calificarlo como aborto ó como parto prematuro. »

Esa falta al buen *Clarín*: que le metan el *forceps*.

No ejerza Luis París de Ravachol de la prensa si no le llama Dios por ese camino, ó si ha discurrido que es, en punto á letras, el camino que va al cementerio madrileño. Pero no ejerza tampoco de Ciuti de *Clarín*, ni escriba en el cursi y disparatado estilo de un periodista congrio de la ronda secreta.

— Que es una frase morrocotuda á lo *reemplisage* instrumentado.

Discurro así con Luis París porque se puede. No es él de los pobrecitos habladores que se *diputan* genios en sus casas y se enfadan si hay quien les saque del error. París ha vivido algunos años en el *Verbo de la Humanidad*, y allí no se vive impunemente. Él sabe además que es *de suyo* poquita cosa y admite observaciones.

Nada de enfadarse. ¿ Le pongo un reparo (con la intencion más amistosa, por supuesto, y con muchísima tristeza)? Pues como si tal cosa. Donde quiera

que me encuentra me saluda cariñosamente. « ¿Qué tal, querido Luis? » Siempre fino.

¡ Quién sabe! ¡ Quién sabe si « evoca, como él diría, una nota impresionista, un recuerdo vago de la bohemia literaria »; y viendo al hermano de siempre, aunque amigo por temporadas, sin *reemplazages* ni *instrumentaciones*, dice en silencio cuando no pueden oírle los bomberos: « ¡ Tiene razón! »

Es un bonito *leit-motive*... wagnerista.

*
**

À la señora doña Emilia Pardo de Quiroga le ocurre lo que á los oradores socialistas, y es que maltrata á los periodistas que le hacen el favor de *circularla* por ahí y les llama *imprudentes* y *entrometidos*.

À lo que observa, para justificarse, *La Correspondencia de España*:

« La noche de la segunda representación de *Realidad* permaneció doña Emilia durante los cinco actos en el cuarto de Mariquita Guerrero, donde también se encontraban el autor de la obra, un insigne dramaturgo, y claro está que también uno de los noticieros imprudentes y entrometidos.

« El Sr. Echegaray suscitó la conversación, preguntando:

» — ¿ Y usted, doña Emilia, cuándo se decide á escribir algo para el teatro?

» *La señora Pardo Bazán*: Confieso á usted que me inspiran gran temor las tablas; sin embargo,

quizá haga un *arreglo* para la próxima temporada teatral.

» *D. José Echegaray*: ¿ Un arreglo? Eso sería imperdonable en usted. Pluma tan bien cortada sólo en algo original puede emplearse.

» *La señora Pardo Bazán*: No digo qué no. Es más, me siento tentada de poner manos á la obra. Desde luego puedo decir á usted que hace tiempo tengo la idea de escribir una comedia; pero será una comedia de costumbres campesinas, algo por el estilo de Goldoni; creo que se ha explotado poco la vida del campo en nuestra escena. »

La señora por el estilo de Goldoni puede tener la seguridad de que en *El Resumen no hemos sido* los de la noticia. Porque no creemos que sea capaz de hacer un drama bueno, ni mediano.

De un arreglo sí la creemos tentada para la próxima temporada; y aun para esta misma.

Algunos literatos me han *interviewado* acerca del asunto *Pardo-Bazán-Union-Amorós y Compañía*, y les he dicho que la señora de Quiroga ha quedado, á mi juicio, muy mal; y no lo creo solamente porque lleva la razón en el pleito el Sr. Amorós, sino por la ocurrencia de declarar doña Emilia que « tomaba » de otro escritor el asunto de su cuento *propio*, y que retaba á que se averiguase de dónde lo tomaba, digo tomaba; con todo lo cual quiso excusarse del plagio. ¡ No, señora de Quiroga! Figúrese usted que le robo cinco duros al Sr. Amorós, que me sorprende usted, y que salgo diciendo por ahí: — ¡ Bueno! Pero ahora voy á robar unas alhajas, y

reto á que se averigüe de cuál escaparate las « tomé. » Y ya vería la señora que me llevaban á la cárcel.

No se desanimen los escritores que no tengan mollera para artículos propios. M. de Bernoff, escritor mediocre, ha conseguido la popularidad recorriendo á pie nueve mil kilómetros. Lo que no pudo obtener con las manos, lo consiguió con los pies, y todo es conseguir. No es un escritor, pero es un carrerista.

Cuando la señora Pardo no esté de vena como escritora, haga á pie unos viajecillos de Madrid á Coruña, y *vice versa*. ¡ Todo es escribir!

MARIPOSAS DE LOCOS

¡ *La casualidad y la bayoneta!* eso es lo que dirige los destinos de los pueblos — ha dicho el principe de Bismarck, contestando á un admirador suyo, que le llamó genio sobrenatural.

— ¿Genio sobrenatural yo? ¡Bah! Cuando se declaró la guerra, el pueblo gritaba contra mí: ¡ *An den pfahl!* (¡ Colgadle!) Después, victorioso, gritaba el mismo pueblo: ¡ *Hoch Bismarck!* (Viva Bismarck!) No hay genios sobrenaturales. El mío consiste en saber aprovechar *la casualidad y la bayoneta*.

* * *

Cada cual es loco á su manera. « ¿Donde están mis ideas? », pregunta Guy de Maupassant. « ¿Alguien de ustedes las ha visto por ahí? » Y se refrere que las busca en los rincones de la casa, sobre las mesas, en armarios, como si sus ideas fueran cosa material y prosaica. Cuando crec que las ha encon-

trado se rejuvenece todo. Son mariposas, ó se figura él que eso son, cuáles blancas, cuáles azules, algunas con alas de púrpura, y no falta nunca la mariposa negra que posa el vuelo sobre la seca corona del poeta loco...

* * *

Heine, ¿era un loco? En una de las cartas que escribió á su amigo Alejandro Weill, expresó el deseo de ver flotar en las provincias del Rin la bandera de Francia. La emperatriz de Austria, gran devota de Heine tiene esas cartas, que cedió Weil al archiduque Rodolfo, y éste á su madre la emperatriz. ¿Por qué no las ha publicado aún la inteligente dama? Porque, según se dice, la publicación no sería grata á la *Triplíce*. ¡Pero una carta de Heine vale mucho más que la *Triplíce*!

El barón Embden, sobrino del poeta, publicará en breve ciento veintidós cartas escritas por él á su hermana Carlota, en la que pensaba *diariamente*, según decía, veinte y cinco horas.

Tú y yo — la dice en una de las cartas — somos los únicos cuerdos de la humanidad; todos los demás están locos. Ni el champagne, ni el teatro, ni la vanidad halagada, ni las miradas de una mujer bonita, nada me satisface tanto como un rato de charla contigo. Te quiero más que todos los dulces, sin excluir la tarta de limones. Sé que Dios quiere que todo el mundo te bese las manos. Creo en eso. Es mi única religión.

¿Era un loco? Lo parecía, porque no *encajaba* en los moldes de la vida. Era un ciudadano descarriado, y por serlo, la leyenda trazó con negros colores el perfil del escritor que, á juicio de los críticos y psicólogos de ahora, era « afectuoso, leal, dispuesto siempre á sacrificarse por sus deberes ». También él, como Maupassant, veía mariposas, y se torturaba sin motivo, temiendo en vida que después de muerto quedara sin recursos y sin consejo la mujer amada, su esposa, á quien llamaba « honesta, buena, sin malicia ».

Mariposas. Hermosos fuegos fatuos de un cerebro loco...

* * *

Pero Bismarck ¿con qué sueña? ¿Cuáles son las mariposas de su locura? *Nouvelles de Hambourg*, su órgano en la prensa, declara paladinamente que el excanciller falseó en 1870 el famoso telegrama del rey de Prusia, qui hizo inevitable la guerra, « pero *endosando* á Francia la iniciativa y la responsabilidad ».

¡ Ah, pícaro ! La prensa de París desata sus cóleras llamándole « gran criminal », y el *Times* dice de la confesión del príncipe, que entraña la más grave responsabilidad de cuantas adquiriera en los dos últimos años.

Bismarck, sediento de represalias, loco por las grandezas, roído por la impotencia, hace ya lo que el asesino que mató por exhibirse : confiesa las

muertes. No es un canciller de hierro; es sencillamente un gran diablo en un delirio monstruoso. Porque él no verá mariposas blancas y azules; verá sapos, culebras, ciempiés, cocodrilos, toda clase de bichos horribles y asquerosos, en marcha hacia el campo de desolación, en cuyo centro se hiergue la pirámide de cráneos, y sobre el más alto de ellos, el casco de acero del canciller-buitre.

No me cambiaba por él, aunque me diera el oro del mundo; porque, en fin, puedo dormir sin temor de que venga un cadáver á darme una serenata.

JUERGAS ANARQUISTAS

Los anarquistas « reciben » ó tienen sus *soirees* los domingos. Estas explosiones de los grandes pirrotécnicos ocurren generalmente en el local de una taberna de la calle de la Gaité; local espacioso, pero húmedo y sombrío. El vaho que exhalan las bazofias, el humo pestífero de las pipas, y las blasfemias que cruzan la sala, forman una atmósfera bochornosa y malsana.

Bajé algunos escalones y me interné en la cueva.

— ¿Es usted un *triqueur*? — me preguntó una especie de portero. — ¿Viene usted á discutir?

— No discuto nunca; vengo á oír, ver y callar. Soy un periodista extranjero; el representante de EL LIBERAL en París.

Entré. Paseábanse á lo largo del salón unos señores con gabanes y sombreros de copa. Estos *musiús* pensé yo — serán los llamados *triqueurs*, los que vienen á discutir con los energúmenos; son, pues, unos *musiús* bien pendejos.

Nada de eso. Aquellos señores *enchisterados* eran